

envió al obispo don Jerónimo á la córte de don Alfonso VI, demandándole auxilio. Y aunque don Alfonso acudió al socorro con numeroso ejército é hizo levantar el sitio al almoravide, considerando la ciudad de Valencia muy lejos de sus estados para conservarla sin dificultades, sacó la guarnicion de cristianos y poniendo fuego á los edificios, la abandonó enteramente.

Mientras las gentes del Campeador habian dominado en Valencia, fiel el rey don Alfonso á la política que estaba de acuerdo con su carácter, trabajó en asimilarse la poblacion musulmana, fin á que parece encaminar sus esfuerzos, así en los fueros de Miranda del Ebro, como en los de mozárabes, y en los de castellanos y francos ¹.

Dedicóse igualmente á varias obras de utilidad pública, ora restaurando los muros de Toledo, ora abriendo caminos, ora poblando ciudades y restaurando ó ampliando templos, tareas en que no dejó de aliviarle mucho el auxilio de su yerno don Ramon, esposo de doña Urraca, al tiempo que don Enrique, esposo tambien de su hija doña Teresa, reducía á obediencia en Portugal varios régulos que se le habian revelado. Velando por todos los ramos de la administracion pública, llevó su atencion á establecer la seguridad que faltaba en caminos y despoblados, lográndola tan perfecta, que en los últimos años de su vida podia atravesar sus estados en todas direcciones una vejezuela ó un niño con un bolso lleno de dinero en las manos, sin temer asechanzas de ningun género.

Mas lo que sorprende sin duda, contrastando el rigor de la medida con la tolerancia legal, que otorgaba á los mudejares, es el destierro de muchos mozárabes amigos de los musulimes, llevado á cabo por este príncipe moderado y prudente ².

1 En el fuero de Miranda del Ebro, otorgado el año 1099, se encuentran equiparados para obtener sus ventajas los nobles, pecheros, moros y judíos. En el de los mozárabes de Toledo, dado en 1101, se ordena que dichos pobladores solo paguen la quinta parte de lo señalado por la calumnia en el libro de los godos, exceptuando el hurto ó muerte de cristiano ó moro. Asimismo, segun resulta de la confirmacion del fuero de castellanos y francos, que debió darse en su reinado, la sospecha por muerte de cristiano, moro ó judío dentro de

la ciudad, debía juzgarse segun las leyes de los godos.

2 «En este tiempo (dice Sandoval refiriéndose al año 1106, bajo la autoridad de Pedro Leon) habia muchos mozárabes malos cristianos, tan estragados y peores que los moros en los lugares fronteros, donde más convenia haber cristianos fieles, seguros á su Dios y á su rey. Teniendo, pues, el rey aviso de lo poco que en los tales hay que fiar, los echó de Málaga y de las demás fronteras donde estaban y los hizo pasar á África». *Cuatro Reyes*, cap. XXIV.

Ni estas medidas, ni la cordura y prevision maravillosas de Alfonso VI pudieron impedir que el astro brillante de su reinado padeciese todavia otro desastroso eclipse antes de llegar á su ocaso. En el estío de 1108 partió de Granada, donde ejercia el mando Temim-ben-Yusuf, general almoravide, internándose en Castilla, con el propósito de estragar las tierras y robar los poblados. Llegado bajo los muros de Uclés, fortaleza defendida por castellanos, entróla por sorpresa, obligando á sus defensores á retirarse al castillo, de donde despacharon un correo á don Alfonso, quien salió apresuradamente á campaña. En el momento de partir representóle su esposa que era más conveniente oponer á Temim, hijo del emperador almoravide, su propio hijo Sancho, que lo era del emperador de los cristianos. Persuadido don Alfonso por las razones de la reina, envió á su hijo don Sancho, niño de corta edad, confiándole á su ayo el conde Garcia Ordoñez, antiguo émulo del Cid, y caudillo experimentado en lides, que avanzó hasta Uclés con fuerzas muy considerables. Bien quisiera Temim evitar la pelea como quien conocia el valor de aquellas huestes aguerridas; pero disuadiéronle sus valerosos alcaldes de Lamtuna, fingiendo, para darle aliento, que el enemigo tenia solo tres mil hombres. Y aunque intentó huir durante la refriega, se le opusieron todavia los mismos lamtunies, quienes con esfuerzos desesperados de valor concluyeron por grangearle la victoria. Quedaron en el campo de batalla el desgraciado hijo de don Alfonso y su valiente ayo, con cerca de treinta mil guerreros. Los musulimes entraron en Uclés, espada en mano, no sin derramar copiosa sangre de los suyos.

Para vengar la derrota, dicen nuestros historiadores, emprendió todavia Alfonso dos campañas: dirigió la primera contra Abdallah, gobernador de Córdoba, en que redujo á tributo la ciudad y volvió triunfante á Toledo, llevando muchos cautivos musulimes y mil quinientos cristianos redimidos: encaminó la segunda contra Sevilla, donde, aunque ya recobrada Córdoba por los almoravides, logró sentar en el trono á un nieto de su suegro Aben-Abbed. Sucedia esto á la sazón en que el pueblo árabe, descontento de los almoravides, pugnaba por arrojarlos de la ciudades españolas, y animados por los triunfos de don Alfonso acudieron á ponerse bajo su proteccion varios príncipes y ciudades del mediodia de España. Así convertida la corriente de los sucesos, no le fué difícil cobrar las poblaciones de Cuenca y Ocaña, perdidas á consecuencia de la última derrota, ni perseguir en sus últimos baluartes á los almoravides, antes unidas sus naos á las de los sevillanos.

nos, asolaron varios puertos en África, volviendo ricas y victoriosas.

Con tanta gloria lograba decorar los postreros días de su reinado aquel rey sabio y valeroso, que bajó á la tumba miércoles 30 de Junio de 1109.

Antes de dar por terminado el estudio de los hechos de más monta que caracterizan su política, mencionaremos, aunque de pasada, uno de sus últimos actos de gobierno, por probar hasta qué punto se había abierto camino la invasión ejercida por usos extranjeros, señaladamente de los musulimes, en las costumbres castellanas de la época que historiamos. Consumada la derrota de Uclés, consultó don Alfonso los sabios de Castilla, sobre el decaimiento que se observaba en el valor de sus gentes, obteniendo por respuesta, que consistía aquel en el abuso de los baños, y en regalos y deleites, no usados en tiempos anteriores. Mandó el emperador en consecuencia destruir todos los baños de sus reinos: dióse con igual empeño á reformar los trajes, prohibiendo los excesivos regalos de la mesa, no sin estimular á sus súbditos á volver á la antigua severidad y dureza en el ejercicio de las armas.

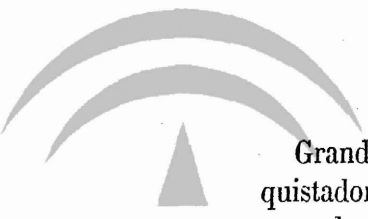
Así pareció arrepentirse en su ancianidad de haber dejado tomar á las costumbres árabes extremado influjo en sus dominios, durante su reinado; pero la voluntad de un hombre no era suficiente á refrenar el torrente de los hechos y de las circunstancias históricas, aun recibido el principal impulso de sus propias manos. Dado este eran inevitables sus consecuencias.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

CAPÍTULO V.

Estado de los reinos de Castilla y de Aragon al ascender al trono doña Urraca.—Efectos probables de la union de ambas coronas.—Rebelion de los musulimes toledanos.—Reinado de don Alfonso VII.—Confirmacion de los fueros de mozárabes, castellanos y francos.—Fuero de Avia de Torres.—Mudejalato de Seifadola.—Sumision del rey de Navarra y del conde de Barcelona.—Proclamacion del emperador.—Toma de Oreja.—Triunfo de don Alfonso.—Conquista de Coria.—Entrada de Córdoba por Seifadola.—Muerte de este caudillo.—Sistema político de don Alfonso VII.—Conquistas de Baeza, Úbeda y Almería, y humillacion de Córdoba.—Muerte del emperador.—Anécdotas sobre los mudējares de su tiempo.



Grandes movimientos se siguieron en España á la muerte del conquistador de Toledo, y la monarquía castellana, como nave sin piloto acosada por recios temporales, padeció graves tormentas. Unidas las coronas de Aragon y Castilla por el enlace de doña Urraca con don Alfonso el Batallador, feudataria de los dos esposos y presa de intestinas disensiones, la parte más granada de los estados musulimes de la Península Ibérica, hubiérase podido pronosticar, con adelanto de cerca de cuatro siglos, la obra total de la reconquista. Fué causa á impedir este suceso la desapoderada codicia de algunos grandes, ansiosos de medrar á la sombra de una mujer poco versada en los consejos de la experiencia, cuando no bastara á desvanecer las mejores esperanzas el áspero carácter del rey, que sobre poco deferente con su esposa, parecia herir más de lo justo el orgullo y altivez castellanos. Las consecuencias de las discordias sembradas por espíritus malévolos, que no se pararon en menos que en la disolucion del matrimonio de ambos príncipes, hubieran sido funestísimas para la cristiandad, á hallarse menos decadente el imperio de los almoravides. Pero si los musulimes no lograron el objeto de sus ambiciones, dados la pujanza y poderío de los estados

cristianos, preciso es confesar que no escasearon los medios de sacudir el yugo en que yacian.

Ya aprovechando la conturbacion ocasionada por el reinado incipiente de doña Urraca, durante la permanencia en Aragon de los dos esposos, comenzaron á moverse los del reino de Toledo, probando sus fuerzas en asonadas y rebatos, dispuestos á alzar por su caudillo á un gobernador de Talavera, llamado Yazmin ¹. Hubiera sido el conflicto harto grave, sin la decision del arzobispo don Bernardo, que no solo detuvo los progresos de los rebeldes, pero tambien estorbó el abandono de la capital, á la sazón en que entrando arrogante Ali-ben-Yusuf por Madrid y Guadalajara, llegó hasta la ciudad imperial y devastó sus campiñas. Retirado el almoravide por el valor y gallardo aliento de aquel prelado, repúsose el reino de aquella acometida, apagando las últimas chispas de la rebellion la venida de los reyes á Toledo, donde el Batallador, que comenzaba á titular sobre los estados de su mujer, adoptando el dictado que habian usado anteriormente el sexto Alfonso y don Fernando primero, se hizo llamar *emperador de España*.

Que pudo tener alguna trascendencia en el estado social de los musulimes de las dos coronas la union, siquiera efimera, que se realizaba de esta suerte, pruébalo la legislacion foral de ambos paises, como quiera que se encuentren notables analogías entre las disposiciones que se aplicaron á los mudejares aragoneses en esta época y las que se habian establecido y se establecieron despues para los musulimes de Castilla. Poco mirado en general don Alfonso en su conducta con el clero castellano, dióse á proteger manifiestamente á algunos musulimes, y cuando en 1111 estallaron las desavenencias entre ambos esposos, dispensó toda suerte de proteccion á los burgueses de Sahagun, moros, judíos y borgoñeses, excitándolos contra los monjes del monasterio, todo en odio, al parecer, del arzobispo toledano, antiguo abad del mismo, que favorecia á la reina.

Mas si estas disensiones y escándalos tuvieron por entonces tregua, merced á la momentánea concordia que logró establecer entre los reyes consortes el antiguo teniente del Cid y conquistador de Cuenca, Alvar Fañez de Minaya; proclamado luego rey de Castilla y de Leon el príncipe don Alfonso Raimundo, en union con su madre doña Urraca, la

¹ Sandoval, *Cuatro Reyes*, cap. XXVI.

separacion fué decisiva, quedando desvanecidas para mucho tiempo las halagüeñas esperanzas concebidas.

Era el nieto de Alfonso VI el monarca más á propósito para hacer olvidar pasados disturbios: descollado en el cuerpo y de hermosa fisonomía, mostrábase esforzado, sin afectacion de valiente, incansable para el trabajo y en los negocios de la defensa y gobernacion del reino, maduro en la opinion y en el obrar diligentísimo. Mal apreciada generalmente su política, como medida casi siempre en razon de circunstancias muy variables, aparece á mejor luz, atendidas las capitulaciones que concedió á las ciudades que se iban recobrando, y los fueros con que las engrandecia y honraba.

No habiendo llegado el momento de examinar en sus pormenores los de mozárabes, castellanos y francos confirmados por él, y reducidos á uno solo en 1118, bastará por ahora á nuestra consideracion sobre el gobierno de este príncipe la importancia que en ellos se concede á la sociedad musulmana, como parece del crecido número de los árabes que confirman tan importante documento y su proporcion con los cristianos ¹.

Ni mereció menos atencion al hijo de doña Urraca el incremento de la poblacion sarracena en sus estados, al conceder en 1130 á Avia de Torres los fueros castellano, franco, judío y moro, segun las clases en que la poblacion se hallaba dividida ².

¹ Bajo el signo real firman el arzobispo don Bernardo y varios moradores de Maquerit (Madrid), Alfahmin, Talavera y Maqueda. Entre los habitantes de Madrid firman en árabe Ali-ben-Jeir (علي بن خير)

Abdalaziz-ben-Hazim (عبد العزيز بن حازم), Abdallah-ben-Faquir (عبد الله بن فقيه) y Abo-l-hassen-ben-Micayel (أبو الحسن بن مكاييل), entre los de Talavera Habil-ben-Al-Ata (هابل بن العطا), Abo-Ishaq (أبو إسحاق), Jalaf-Alcatel (جلال بن القاتل), Yulad-ben-Otsman (يولاد بن عثمان) y Abderrahman-ben-Abdirrahman (عبد الرحمن بن عبد الرحمن), y entre los

de Maqueda Galib-ben-Abdalaziz (غالب بن عبد العزيز).

² De sentir es que documento de tanta cuenta para la investigacion que nos hemos propuesto, permanezca desconocido en su texto, del cual solo podemos formar algunas conjeturas por fragmentos ligerísimos. Cítalo, sin embargo, el *Catálogo de Fueros y Cartas pueblas*, publicado por la Real Academia de la Historia, refiriéndose al MS. D. D. 141, de la Biblioteca Nacional y á Fernandez Sotelo en su *Historia del derecho real de España*. En el mencionado MS., que comprende unos *Apuntamientos* de don Pedro Salanova, abogado de los Reales Consejos, bajo el epígrafe de *Fueros de España*, en su fólío 12, se lee: Don Alonso Remondez á 8 de las Kalen-

Fruto fué de semejantes garantías el que cundiese entre los musulimes cierto espíritu de propaganda de dominacion castellana y española contra las vejaciones de los almoravides africanos. Animado de la misma Seifadola-Aben-Hud, que de antiguo monarca de Cesar-augusta, se veia reducido al señorío de Rueda, conecedor de los triunfos obtenidos por Alfonso VII sobre el poderoso monarca aragonés en la vindicacion de sus estados, despachó un mensaje al rey de Castilla, rogándole le enviara alguna persona de su intimidad, con quien pudiera pasar á su córte. Envióle el rey á Rodrigo Martin y á Gutierre Fernandez, caballeros discretos y esforzados, que se encargaron de conducirle á Toledo. Cuando llegó Aben-Hud á la ciudad de los Concilios, recibióle Alfonso honoríficamente, dándole asiento á su lado, de lo cual se pagaron tanto los musulimes, que manifestaron al rey ser inferior la fama de sus grandes prendas á la realidad que reconocian. Presentáronle en seguida dones de gran valor y estima; y armados caballeros por el monarca castellano Seifadola y su hijo, obligáronse á servirle todos los años de su vida. Ofreciéronle al par y entregaron la ciudad de Rueda, que el rey entregó á su hijo Sancho, para que la poblase de gente cristiana. Esto refiere la *Crónica del Emperador* ¹; pero el historiador Aben-Abbar ² asegura que la ciudad no fué entregada á Alfonso con tanto des-

das de Noviembre, era 1168, *rogatu fidelissimi Roderici Gomez*, dió fueros á la ciudad de Avia. Dice: *do illis forum franco, castellano, iudaeo et mauro*, etc. Repite la noticia el historiador citado con una ligera ampliacion y alguna equivocacion en la fecha, que reputamos error tipográfico: «No solo este fuero de Escalona, escribe Fernandez Sotelo (O. C., lib. III, cap. 12), es el único que concedió el rey don Alonso el Séptimo, porque por privilegio expedido en 28 de Octubre (léase 25), era de 1168, esto es, 1130, dió fueros á Avia, que es una villa de Campos, y le concede el fuero *franco, castellano, judío y moro*, segun los habitantes, y que diese cada uno un denario de la moneda real en el mes de Marzo, y seis denarios en el ofertorio de la misa de San Martin, que no hubiese en Avia sayon, y que los pecados de liviandad con mujeres se castigaran á humo muerto».

1 *España Sagrada*, t. XXI, páginas 31 y 32.

2 Tales son sus palabras en el libro intitulado *Al-Holato-s-Sujara*: فاقام بروطة الى ان تخلى عنها للطايع اذفونش بن رمند المعروف بالسليطين وعوصه منها بنصق مدينة طليظة وذلك في شهر ذى القعدة سنة ٣٤* Rueda hasta que la desocupó el tirano Adhefonx-ben-Remonid, el conocido por el Sultanito, á quien la dió, trocándola por la mitad de la ciudad de Tolétula en el mes de Dzu-l-Caada del año 534 (1140). Observa Conde (Parte III, cap. XXXIII) que hay error en la fecha, porque en 1140 no vivia Alfonso; mas esto no es exacto, aunque ciertamente sea más admisible la cronología de las crónicas cristianas.

interés que no estipulara Aben-Hud obtener el gobierno y señorío de la mitad de la ciudad de Toledo. Sandoval afirma que le dió en reconocimiento del vasallaje algunas tierras, lugares y castillos en el reino de Leon, así como en el de Toledo y riberas del Duero, que llamaban Extremadura ¹.

Esto sentado, puede colegirse con probabilidad de acierto que Seifadola obtuvo de don Alfonso el puesto de alguazil de los mudejares Sahb-al-medina, ó presidente de la aljama, ó comunidad toledana. Tenia el castellano recientes ofensas que vengar de los almoravides, por lo cual, dada tranquilidad á su reino y robustecidas sus fuerzas, hubo un consejo con Seifadola sobre la manera de llevar la guerra á tierra de moros. Acordado el plan de campaña, entraron dos ejércitos castellanos por el país de los almoravides: dirigia el primero el mismo soberano por el camino de Puerto-Rey: acaudillaba el segundo Seifadola con el conde don Rodrigo por los puertos de Muradal, y despues de caminar quince dias por lugares casi desiertos, volvieron ambos á juntarse bajo las almenas del castillo sarraceno de Galell. Moviéronse de allí reunidos á talar é incendiar la campiña de Córdoba, saqueando todo el país hasta Jerez y Caliz. Conocida su pujanza por los régulos andaluces, escribieron secretamente á Seifadola, invitándole á que con el favor de los cristianos los librase de los almoravides, hecha promesa de pagar al soberano de Castilla mayores pías que las que habian pagado sus padres, y de servir lealmente á Aben-Hud y á sus hijos. Contestóles Aben-Hud, despues de comunicado negocio tan importante con el rey de Castilla y oido por don Alfonso el consejo de sus magnates, que trabajaran aquellos en apoderarse de castillos y lugares fuertes, seguros de que, movida la guerra, no faltaria por su parte el emperador en acudir con poderoso ejército. Tras esto repasaron los puertos, y volvie-

1 Distinta de ambas relaciones, conservado en el fondo lo más sustancial del suceso, con algunas notables particularidades, es la que ministra el autor de la obra intitulada *Kitebo-l-iktifa*. Segun el texto de la misma, la iniciativa de estas negociaciones correspondió al emperador Alfonso, llamado por los árabes el *sultanito*, quien despachóle un mensaje, representándole la conveniencia de trocar sus estados por po-

sesiones, que le daria en su reino más cerca de las regiones de España, donde imperaban con mayor poder sus correligionarios, sin contar la ocasion que tendria de adelantarse en su servicio; pues pensaba ponerle á la cabeza de sus ejércitos, por donde hallaria camino de hacerse rey y servir de padre á los árabes españoles, reducidos á dura servidumbre por los almoravides.

ron á Talavera. Muéstrase perspicuamente por semejante resultado que aquella expedicion formidable, cuyos pormenores conturban la pluma de los historiadores, templados un tanto los antiguos odios y obedeciendo á un comun impulso, ofrecia más bien el carácter de guerra nacional, sostenida por los españoles contra los africanos, que el de mera lucha y contienda religiosa de cristianos con muslimes.

Muerto el Batallador, creció la importancia del jóven don Alfonso, cobrando luego á Nájera y cuantas fortalezas permanecian aun en poder de los aragoneses, y formaban de antiguo parte del reino de Castilla. Solicitaban al propio tiempo su amistad, y le ofrecieron vasallaje, el rey de Navarra y el nuevo monarca de Aragon, quien desesperanzado de poder conservar contra los moros la ciudad de Zaragoza, hizo entrega de ella al emperador don Alfonso. Para colmo de honra, vinieron á su córte, dispuestos á reconocer su soberanía, los condes de Barcelona y de Tolosa, quienes armados caballeros de mano del mismo Alfonso, recibieron en albricias, el primero el feudo de Zaragoza ¹, y una magnífica alhaja de oro cincelado el segundo.

No satisfecho todavía con estos homenajes, ora dominado por su propia inclinacion á las escenas de fausto; ora cediese á los consejos de su mujer y hermana ², damas ilustres, bien que no libres de los incentivos de su sexo; ora entrase en sus cálculos sublimar la soberanía con levantados títulos, aunque frecuentemente habia usado el de *Emperador*, dispuso darle autoridad con aparato de proclamacion magnífica y solemne. Señalado el 2 de Junio de 1135, domingo del Espíritu Santo, para celebrar córtés ó consejo de sus magnates en Leon, acudieron á esta ciudad ilustre arzobispos, obispos, abades y muchedumbre de *plebe*, congregada asimismo á *ver, oír y hablar* ³: al siguiente dia, reunidos todos en la iglesia de Santa María, adonde concurrieron tambien el rey de Navarra y la infanta de Castilla, acordaron de comun acuerdo apellidarle emperador y señor de Reyes, como quiera que habian reconocido su señorío el rey de Navarra don García, Seifadola, rey de los sarracenos ⁴, Raimundo,

1 ut semper esset sub dominio eius, et sub dominio filiorum eius» (*Crónica Adhephonsi Imperatoris*).

2 En la citada *Crónica del Emperador* es frecuente encontrar estas ó parecidas expresiones: «Rex vocavit uxorem Reginam dominam Berengariam, et sororem

suam infantem dominam Sanctiam, et alios consiliarios», etc.

3 necnon et plebs innumerabilis ad videndum, sive ad audiendum, vel ad loquendum verbum divinum». *Ibidem*.

4 Segun Mr. Dozy (*Historia Abbadidarum*, t. II, pág. 144), hay equivocacion

conde de Barcelona, y Alfonso, conde de Tolosa, con otros varios señores y potentados de España y Francia. Llevaba el rey aquel día un manto riquísimo de labor maravillosa, corona de piedras preciosas en la cabeza y lujoso cetro en las manos; servíale á la derecha de bracero el rey don García, á la izquierda don Arriano, obispo de Leon, siguiéndole detrás considerable séquito de obispos y abades. Presentáronle ante el altar de Santa María, y cantado el *Te-Deum*, gritaron: «Viva el emperador». Recibida la bendicion, y celebrada la misa, retirábanse todos en medio del universal aplauso á sus moradas.

Deseoso de dar pública muestra de su munificencia, con exaltacion del nuevo título de que se hallaba investido, decretó el emperador fueros, costumbres y leyes, conforme á lo practicado por su abuelo don Alfonso el Bravo, ordenando asimismo poblar ciudades, plantar vides y todo linaje de árboles. Correspondiendo, en fin, á las obligaciones de su estirpe, como defensor de la fé, previno á los alcaldes toledanos y á los habitantes de todas las fronteras, que mantuviesen guerra con los sarracenos, corriéndoles todos los años el país, arrasando y estragándoles sus propiedades, sin perdonar ciudades ni villas; antes llevando todo á sangre y fuego, en vindicta de Dios y de la ley cristiana ¹.

Fruto fué de aquellas anuales correrías el triunfo obtenido por las fuerzas comunales de Segovia y Ávila, que sorprendiendo el campamento del príncipe Texuñin en Lucena, volvieron victoriosas, con abundante botin de tiendas, estandartes, mulos, camellos, oro y plata. Ni fueron menores las riquezas que granjeó el cónsul Rodrigo Gonzalez, gobernador de Toledo, en otra algara por tierra de Sevilla, como tampoco las ventajas alcanzadas por su sucesor en el gobierno de aquella insigne ciudad, el valeroso Rodrigo Fernandez, autor de grandes matanzas y destrozos en las huestes de los musulimes.

Pero si en tales expediciones, promovidas en virtud de las ordenan-

patente en la fecha señalada por la *Crónica del Emperador* á la sumision de Seifadola, por aparecer de las historias árabes, que no entró en Rueda hasta 534 (1140). Sea de esto lo que quiera, es indudable que en la época de estas córtes, así como en la anterior de la expedicion á Andalucía, servia con los suyos á las órdenes del empe-

rador. De esperar es que una crítica detenida sobre la crónica del emperador, con presencia de variedad de documentos históricos de aquel tiempo, logre realizar una conciliacion ó explicacion de tales diferencias.

1 *Crónica Adhephonsi Imperatoris (España Sagrada, t. XXI, págs. 345—347).*

zas imperiales, parecían ensañarse cada vez más los enconados odios de españoles con almoravides, subió el encarnizamiento de punto en la campaña, que emprendió el emperador en 1138.

Partido de Toledo don Alfonso en compañía de Rodrigo Fernandez, dirigióse al Mediodía; y pasando por segunda vez los montes Marianos, se adelantó sin resistencia, hasta sentar sus reales en las márgenes del Guadalquivir. De allí despachó gentes en diversas direcciones, para estragar la Andalucía, las cuales saqueando la tierra de Jaen, Baeza, Úbeda y Andújar, assolaban villas, destruían mezquitas, quemaban alcoranes y degollaban alfaquíes. Ni perdonaban tampoco los árboles de los campos: higueras, olivos y vides eran duramente talados, devastando, según la enérgica expresión del cronista latino, todo lugar que hollaban sus piés. Tales rigores, producidos acaso por condescendencia perjudicial con los instintos de la plebe, acarrearón sangrientas represalias; pues habiendo quedado gran número de aquellos valientes almogavares entretenidos con sus presas á la otra parte del Guadalquivir, como sobreviniese extraordinaria crecida é inundación que no les permitió incorporarse al resto del ejército, cayeron sobre ellos los almoravides y los pasaron á cuchillo. Tan grave fué el dolor de don Alfonso al saber esta catástrofe, que suspendiendo aquella campaña, tomó apresuradamente la vuelta de Toledo, agobiado el ánimo de profunda tristeza.

Mientras los cristianos se habían dado con desmedido afán á correr en Andalucía el país de los infieles, indemnizábanse estos en Castilla con apoderarse del castillo de Mora, y atrincherados en Oreja, fortificación tenida por inexpugnable, no cesaban de hostilizar á los pobladores del reino de Toledo. Resuelto el emperador á apoderarse de aquella fortaleza, acudió al antiguo campo aureliense con fuerzas numerosas, que ocuparon la orilla del río para quitar el agua á los sitiados. Cuando lo supieron los musulimes, que tenían alianza con los de Oreja, intentaron una diversion de las huestes sitiadoras, para lo cual, habiendo juntado sus gentes Azuel, gobernador de Córdoba, Aben-Zeid de Sevilla y Aben-Gania, jefe de los musulimes de Valencia, con fuerte auxilio de los almoravides y provision de víveres, trasportados en camellos (género de acémilas muy usado en la Península desde la entrada de los mahometanos del Sahara), caminaron á grandes jornadas hasta llegar á la ciudad régia. Puestos sobre San Servando, pretendieron la destrucción de este castillo, asentado orillas del Tajo, á la entrada de Toledo; pero aunque hicieron daños en él y mataron cuatro de sus defensores, nada

podieron contra sus fortísimos torreones, que mantenian resistencia muy vigorosa.

Mas si su valor venia á estrellarse en el fuerte muro de aquel baluarte de la ciudad de los concilios, galardón fué de su cortesía la honrosa retirada con que abandonaron el cerco. Sitiada en la ciudad la emperatriz doña Berenguela, que en ausencia de su esposo tenia la gobernacion del reino, sentíase con el corazón angustiado, al considerar desde las torres del alcázar los estragos, que hacia el ejército agareno en las alquerías de la campiña toledana. Deseosa de atajarlos, dirigióse aquella señora á la hidalguía de los caudillos agarenos, á cuyo fin les despachó un mensaje, representándoles que no éra hazaña correspondiente á capitanes afamados é ilustres, combatir á una débil mujer, teniendo en Oreja al emperador que los aguardaba. Recibido que fué por los infieles, levantaron la vista hácia el alcázar y divisando sobre un lugar elevado á la emperatriz rodeada de sus doncellas, que cantaban al son de tímpanos, címbalos y psalterios, avergonzaronse de su conducta, y haciéndole profundo acatamiento, se apresuraron todos á dar la vuelta á sus reinos. Siguióse á poco la rendicion de la fortaleza de Oreja, cuyos habitantes salieron para Calatrava, protegidos por el emperador, que no era indiferente á la cortesía de los musulimes; y vuelto don Alfonso á la capital, verificó su entrada triunfalmente entre ruidosas aclamaciones. Salieron á recibirle, cuenta su historiador, todos los magnates cristianos, sarracenos y judios con multitud de plebe, adelantándose hasta muy lejos de la ciudad, glorificando al Señor por aquel suceso, *cada cual en su lengua* ¹, con toda clase de instrumentos músicos.

Dado el sistema de las expediciones anuales, llegó su hora á la Extremadura, país poco frecuentado á la sazón por los castellanos: fué Coria, rendida por capitulación, trofeo de esta empresa y principio de nuevas conquistas y de brillantes correrías, en que se mostró el valor de las huestes de Toledo, Segovia y Ávila. Distinguiáanse sobre todo encomio las que mandaba el toledano Munio Alfonso, siempre triunfantes y siempre amenazadoras para los agarenos. Quiso la mala suerte de los príncipes musulmanes que intentaran arrostrar su acometida, viniendo á atacarlas en el camino de Córdoba, cerca de la Mata de Montello: Dios, que da y quita la victoria, concedióla tan cumplida á los cristia-

1 Unusquisque eorum secundum linguam suam. (Crónica citada, núm. LXXII. *Historia crítica de la literatura española*, t. II, pág. 230).

nos, que tras hacer terrible matanza en los desbandados musulimes, recogieron un botin inmenso. Deseando, no obstante, Munio Alfonso honrar la memoria de los dos régulos andaluces, cuyos troncos halló en el campo separados de sus cabezas, mandó envolverlos en paños de seda de muy subido precio, y colocándolos en un lugar cubierto de verdura, dejó allí ciertos sarracenos que los custodiasen, hasta que fuesen recogidos por los suyos.

Movió despues sus haces la vuelta de Toledo, donde hizo su entrada con aparato solemne. Precedíanle los estandartes de los reyes muertos; llevaban levantadas en sendas picas sus cabezas; iban detrás los caballeros cautivos cargados de cadenas; luego la plebe de los sarracenos, sujetas las manos á las espaldas con fuertes ligaduras; y finalmente, los peones del ejército vencedor, conduciendo de las riendas los caballos de los reyes, príncipes y capitanes musulimes, con sus guarnimientos lujosísimos, y camellos cargados de armas y despojos. Llegado en tal forma hasta la puerta de Santa María, entre las aclamaciones de la muchedumbre, recibió allí los plácemes de la emperatriz, del arzobispo y de los magnates. Dispuso el afortunado caudillo que las cabezas de los régulos, con las demás de capitanes y príncipes, fuesen colgadas en la torre más alta de la ciudad, para que fuesen, dice la Crónica, signo á todos, *cristianos, almoravides y árabes*, del manifiesto auxilio que el Señor había concedido á sus fieles. Pasados, sin embargo, algunos dias, movida la emperatriz de compasion por las esposas de los dos reyes, encargó que fuesen descolgadas sus cabezas, y ordenando á *médicos judios y sarracenos* que las embalsamaran cuidadosamente, cubiertas de ricos paños y colocadas en arcas labradas de plata y oro, enviólas á las desoladas viudas ¹. Hidalgo proceder de una egregia soberana de Castilla, en quien parecian adunarse la exquisita delicadeza del sentimiento y la cuerda é ilustrada tolerancia.

Tomaban pocos dias despues desquite los sarracenos de aquel descalabro, aunque no imitando el hidalgo y generoso proceder de la emperatriz española. Aprovechando la ausencia del emperador, que había pasado á hacer la guerra á Aben-Gania, nombrado por los almoravides

1 Transactis aliquot diebus, Imperatrix, misericordia magna mota, iussit capita regum deponi, et praecepit Iudaeis et sarracenis medicis, eas ungere myrra et aloe, et

involvi in pannis optimis, et mittere in arcis laboratis ex auro et argento». O. C. lib. II, E. S., t. XXI, pág. 386.

para el gobierno de Córdoba, Carmona y Sevilla, corrió los campos castellanos Farax Abdalí, gobernador de Calatrava, sorprendiendo al alcaide de Peña-negra, Pedro Alfonso, á quien despues de darle muerte, mutiló de una manera tan bárbara como horrible.

Verdad es que no se hizo esperar el escarmiento; pues encendido en cólera el emperador por semejante acto de barbarie, ajeno á toda consideracion de humanidad, dirigió con mucho acierto otra expedicion, devastando el mediodia de España hasta Almería. La rapidez con que se sucedian tales expediciones, que consumian las riquezas de los musulimes andaluces, ya muy mermadas por las vejaciones de los almoravides, impotentes para defenderlos, apurando toda razon al sufrimiento de aquellos infieles, movióles á adoptar una resolucion desesperada. Reunidos los antiguos pobladores árabes en aljamas, plazás y moradas particulares, trataron abiertamente de echar de España á los almoravides, no sin tentar de antemano ganar la amistad del emperador, á quien ofrecieron de nuevo los tributos pagados por sus mayores, y hecha segunda invitacion á Aben-Hud, su compatriota, para que los dirigiese y amparase.

Fué el primero en llevar á cabo el acuerdo un caudillo de sangre real, llamado Muhammad: comenzó la rebelion en 1145, dando muerte á los almoravides de Mértola y sus términos; igual suerte tuvieron los africanos que habia en Valencia, Murcia, Lérida y Tortosa, mientras en las ciudades de Córdoba, Jaen, Úbeda, Baeza, Andújar, Sevilla, Granada y Almería, se encendia porfiada lucha entre los musulimes de ambas razas. Los habitantes de la ciudad de los califas abrieron sus puertas á Seifadola, forzando á huir á su presidente Aben-Hamdin, de quien se hallaban descontentos; pero trocado el viento de la fortuna, y levantada contra él la plebe cordobesa, vióse en breve Aben-Hud en la necesidad de abandonar aquella efímera soberanía. Pasó de allí á Jaen y á Granada, poblaciones que, como las del reino de Valencia, reconocieron por el momento su imperio, si bien fué su adquisicion más importante la del reino de Murcia, que le recibió por rey voluntariamente. Eran estos los últimos triunfos del capitán ilustre, que de abatido régulo de una ciudad pequeña, y de gobernador mudejar de Toledo, habia pasado á constituirse, bajo los auspicios del emperador, en vengador de los agravios de la raza árabe y fundador de una extensa monarquía. Respecto de las circunstancias de su muerte, acaecida en el mismo año 1146, se hallan discordes los historiadores: no falta quien la

coloque en la batalla de Albacete, como resultado de la defensa que pretendió hacer de los habitantes de Xátiva, molestados por los castellanos, siguiendo en esto á la opinion del historiador Aben-Al-Abbar; de más autoridad parecen, sin duda, los pormenores que sobre este suceso nos ofrece la *Crónica de Alfonso VII*. Parece de la misma que cansado el ex-rey de Rueda de la resistencia de algunas ciudades, verificadas las expediciones de Jaen y de Granada, envió sus cartas á don Alfonso para manifestarle la resistencia, que oponian los habitantes de Úbeda, Baeza y los lugares comarcanos, á pagar el tributo que debian. Enterado del mensaje el emperador, llamó á su presencia á los condes Manrique, Ermengold, Poncio y Martin Fernandez, encargándoles que fuesen en auxilio de Seifadola, con prevencion de castigar con fuerte mano los desmanes de los árabes rebeldes. Hiciéronlo así con muy estricta obediencia; mas cuando los sublevados comenzaron á sentir los efectos de la amenaza dirigida contra ellos, apresuráronse á rogar á Seifadola que les librase de los cristianos, bajo promesa de servirle. En su consecuencia, se avistó Seifadola con los condes, y expuesta la sumision de los musulimes, pretendió que le entregasen los castellanos todas las presas hechas: demanda impertinente, que disgustó á los caudillos, y que dando ocasion al rompimiento, puso á Aben-Hud en sus manos cual prisionero. Llevábanle á las tiendas con intencion de presentarle al emperador, para que hiciese justicia, cuando sobreviniendo unos soldados, le dieron muerte. «Su desgracia, escribe el narrador de estos sucesos, contristó grandemente á los condes, los cuales enviaron correos al emperador con relacion de cuanto habia ocurrido. Cuando dijeron al monarca: «Tu amigo Seifadola no existe», afligido aquel sobremanera, exclamó tristemente: «Estoy limpio de la sangre de mi amigo Seifadola, y conocieron, añade el cronista ¹, todos los cristianos y sarracenos, desde la Arabia, que está junto al Jordan, hasta el mar Atlántico, que el emperador no tuvo ninguna parte en la muerte de Seifadola».

El soberano que hacia semejantes manifestaciones, no merece, en verdad, la calificacion de *fanático*, que le han aplicado algunos historiadores modernos ². Muerto Seifadola, acogióse al emperador el émullo de aquel, Aben-Hamdin, quien no pudiendo sostenerse en Córdoba contra Aben-Gania y sus almoravides, se habia retirado á la for-

¹ *Ibidem.*

Morisques, t. I, pág. 135 y 136.

² *Histoire des Mores Mudexares et des*

taleza de Andújar, desde donde pedia socorro. Dióselo por entonces Alfonso; y acudiendo despues en persona con todas las fuerzas de su reino, sitió en su capital á Aben-Gania, que le rindió la antigua ciudad patricia, entregándole las llaves. Entró en ella el emperador, acompañado del rey de Navarra, señoreando de aquella suerte la ciudad, que fué un tiempo emporio de la grandeza del Islamismo, bien que resuelto á dejarla en poder de Aben-Gania, de quien recibió vasallaje, vista la imposibilidad de mantenerla sin desmembrar su ejército, que necesitaba conservar unido para dar cabo á otras expediciones. Prosiguiéndolas sin descanso, púsose sobre las ciudades de Úbeda y Baeza, que conquistó sin dificultad, ora porque, cual siente Aben-Jaldon, le facilitara su entrega Aben-Gania con su concurso y relaciones, ora porque los moros, viendo su poder, tuviesen por mejor recibir los pobladores cristianos y quedar en condicion de mudejares, como lo hicieron los habitantes de Baeza ¹.

De cualquier modo que sea, la ocupacion de las mencionadas ciudades le allanó el camino para la conquista de Almería, que meditaba y que llevó á cabo el año siguiente.

En aquel tiempo, llegada Castilla á la cumbre de su poderío, carecia, no obstante, de puertos que fomentaran sus relaciones comerciales en las costas del Mediterráneo, necesidad que unida á la importancia creciente de Almería, como centro de relaciones con Europa, África y Asia y punto de escala para los cruzados expedicionarios que fuesen por Egipto, decidióle á apoderarse de aquella ciudad, asilo tambien de aventureros musulimes, que dirigian intrépidas correrías por sus estados. El ardor con que recibieron los cristianos el anuncio de la empresa, parece indicarse por la manera entusiasta, con que lo describe el poema, consagrado á celebrar esta expedicion memorable: «Ni de dia ni de noche, dice el anónimo vate de aquella campaña, hay en la hueste un solo momento de descanso. Puebla continuamente los aires un solo grito: ¡Almería! ¡la cruel Almería! acompañado por ecos de un efecto agradable. Repítenlo los jóvenes, repítenlo las viejas, repítenlo los niños, repítenlo los adolescentes, repítenlo tambien los obispos».

«Pero Almería ha de ser la ruina de los Moabitas (Almoravides), el

¹ Sobre la conquista de esta ciudad, dice don Rodrigo (O. C., Parte VII, capítulo XI): «Mauri incolae quia resistere non valuerunt, eius dominio se dederunt, et ei

urbis praesidium tradiderunt, quod ipse incontinenti replevit bellatoribus et incolis christianis; et remanserunt Mauri subditi sub tributo».

palenque de los francos, el sepulcro de los moros y el triunfo de los guerreros españoles. Allí será la lucha, allí el botín, allí la recompensa; allí estarán los trabajos, de allí vendrá la gloria» ¹.

Llevóse á efecto la expedición en el año de 1147, auxiliándole con sus naves el conde de Barcelona y los genoveses, con quienes habia el emperador asentado particular alianza. Aportillados los muros de Almería, á pesar de la enérgica resistencia de sus defensores, capitaneados por Yahia Aben-Hud, fué al cabo entrada la ciudad por los aliados, quienes negaron toda capitulación á los refugiados en el castillo.

Triunfante de esta expedición, pensó ya sériamente don Alfonso en obtener el dominio directo y duradero de Córdoba. Con este fin comenzó á hostigar á Aben-Gania, imponiéndole cada año mayor y más pesado tributo, y aprovechando la primera desobediencia de aquel caudillo, saqueó parte de la ciudad con la mezquita aljama, donde al decir de don Rodrigo Toledano, ofició el arzobispo don Raimundo. Con todo admitió nuevamente el vasallaje de Aben-Gania; pero poco satisfecho el muslim y receloso siempre del emperador, imploró el auxilio de los almohades, quienes acudiendo en su ayuda le persuadieron á que les cediera la ciudad, á trueco del señorío de Jaen. Ni allí se vió libre de las armas castellanas: sitiado por el ejército de Alfonso, intimáronle sus mensajeros que entregase todo el reino; pero débil para la resistencia apeló Aben-Gania á la astucia; y habiendo demandado en vano una entrevista con el emperador, á fin de entregarle la alcazaba de su capital, apoderóse de los enviados por aquel príncipe para tratar de la entrega. Libróle del castigo de su mal proceder súbita muerte, que le arrebató en Granada el mismo año de 1148, mientras promovía la alianza del almoravide Al-Meymon con los almohades.

Nueve años despues pasaba de esta vida el emperador (21 de Agosto de 1157), á la vuelta de una gloriosa campaña contra los partidarios de Abdelmumen, despues de haber reducido todos los moros de los reinos de Jaen y de Córdoba, y sometido á vasallaje á cuantos señoríos habia en ellos. Príncipe verdaderamente magnánimo, supo conservar el esplen-

¹ Plebs hispanorum, sic praetia Sarracenorum
Exoptans, aequae non dormit nocte dieque,
Turba salutaris resonat per climata mundi,
Vox Almariae cunctis est agnita dirae,
Dulcius ac nihil est per saecula consona vox est.
Haec iuvenum cibus est, vetularum florida dos est,
Parvorum dux est, adolescentum pia lux est,

Pontificum lux est, moabitum ultima nex est,
Francorum fors est, maurorum pessima mors est.
Lis Francis par est, mauris licet inclita fax est.
Hispanis dos est, bellandum denique mos est,
Argenti pars est, auri promissio fors est.
Longa quae est crux, est bellandi gloria lux est.

dor del trono castellano despues de la gloriosa tradicion de Alfonso VI, consiguiendo aumentar su territorio, aun en los momentos de mayor empuje de la segunda invasion africana. Dejadlos aparte los juicios variables de los historiadores, apenas es lícito dudar que sus continuados triunfos, unidos á aquella saludable política, sistemática en debilitar y empobrecer á los moros que habian de ser conquistados, preparan la memorable era del octavo Alfonso y de don Fernando III. Humillados los árabes de España y empobrecidos desde aquella época, todo lo han de merecer en lo sucesivo de auxiliares africanos, que no pueden echar raices en la Península, por la emulacion de los mismos á quienes amparan.

Antes de apartar la vista de este reinado, que se ha descrito como intolerante y enemigo de la civilizacion arábica, lícito nos será ofrecer al lector algunas anécdotas, que bastarán sin duda á desvanecer tan injustificadas preocupaciones.

Entre los recuerdos que la dominacion musulmana habia dejado en Toledo, señalábanse dos clepsidras, obra del astrónomo Az-Zacall, que eran una maravilla de artificio. Labradas en forma de estanques en el lugar llamado *Bibadaquin* ó *Puerta de Curtidores*, á la parte del rio, tenian un mecanismo de tal suerte, que llenándose y vaciándose de agua, segun las fases de la luna, venian á constituir cierta manera de reloj astronómico. Conforme á las leyes de discreta regulacion previamente calculada, en los catorce primeros dias de la luna, ocupaba el agua los estanques en razon de medio séptimo de su capacidad por dia, despues de lo cual comenzaba el líquido á decrecer en la misma proporcion, hasta llegar al dia veintinueve, en que quedaba en seco. Decian los musulimes, encomiando el mérito de estos relojes, que solo podia comparárseles el talisman de Ozen en la India, que daba vuelta con el dedo desde la salida á la puesta del sol, bien que atribuyendo á los mecanismos toledanos la ventaja de rectificarse ellos mismos, en caso de distraccion ó de error de quien los cuidara. Así permanecian, cuando los cristianos tomaron la ciudad, y así duraron algun tiempo. Ocurrió, segun algunos, que en la córte de don Alfonso VII habia por los años de 1133 un judío, llamado Honain, tan pagado de sus conocimientos en ciencias ocultas y en secretos de la naturaleza, que se preciaba de haber atraido á Toledo en un dia todas las palomas de España. Intentando sorprender el secreto del movimiento de las clepsidras, dirigióse á don Alfonso y le dijo: «Señor, si me dais permiso destruiré los estanques y los

haré más bellos de lo que son, disponiendo que se llenen por el día y se vacien por la noche». Vino en ello el monarca; mas como deshiciera uno y no supiera reconstruirlos, hubo de dejar que prosiguiera el otro sus movimientos ¹.

Á esta historia oriental, que indica el justo aprecio que el emperador hacia de las artes debidas á la civilizacion musulmíca, puede agregarse la proteccion que en diferentes casos dispensó á los mismos musulimes en sus sabios y hombres de mérito. Verificada la conquista de Almería, en que fué negada cual hemos indicado arriba toda capitulacion á los vencidos, presentóse al emperador uno de los jafices ó conmemoradores de España, llamado Habir, prometiéndole referir la série de su genealogía hasta Eraclio. Complacido el emperador ordenóle que la expusiese; y como le satisficiera cumplidamente su discrecion, permitióle salir libre sin rescate con todos los suyos ².

Para terminar este estudio juntaremos á estas anécdotas, tomadas de libros arábigos y que muestran la importancia que adquirieron los musulimes en la consideracion de los monarcas castellanos, la siguiente narracion de procedencia cristiana. Cuenta el arzobispo don Rodrigo que habiendo casado el emperador á su hija Costanza con el rey de Francia, como introdujeran algunos malsines en el ánimo de este soberano, dudas sobre la legitimidad de la hija del emperador, determinó el rey pasar á la Península, á cerciorarse de la verdad, aprovechando el pretexto de pasar en romería á visitar el sepulcro del apóstol Santiago. Ejecutólo así el año 1153, y habiéndole recibido el emperador con todo linaje de obsequios, le hizo venir á Toledo, donde celebró córte en su presencia, *así del pueblo cristiano de su monarquía como de los árabes sometidos á su imperio* ³.

1 Almacari, texto árabe, t. I, pág. 126.
Toledo Pintoresca, II.^a Parte, pág. 304.
Historia crítica de la literatura española,
t. III, pág. 646.

2 *Ibidem*, t. II, pág. 761.

3 Quumque eum usque ad Sanctum

Jacobum produxisset, unde rediens Tole-
tum, Curiam celebravit, tam Christiano-
rum quam Arabum eius imperio subiecto-
rum, cui etiam interfuit comes Barchilo-
nensis (Rodrigo Toledano, *O. C.* lib. VII,
capítulo IX).

CAPÍTULO VI.

Campañas del caudillo muslim Aben-Merdenix, durante la minoridad de don Alfonso VIII.—Toma de Cuenca.—Mensaje de don Alfonso el Noble á Jacob Al-Manzor, antes de la batalla de Alarcos.—Alianzas de algunos reyes cristianos con los moros almohades.—Intolerancia é indisciplina de los ultramontanos.—Batalla de las Navas.—Conquista de Úbeda.—Batalla de Alcázar do Sal.

Breve en la duracion el reinado de don Sancho de Castilla, hijo del emperador don Alfonso VII, no lo fué tanto en importancia histórica, que faltase en dejar nobilísimas huellas de la grandeza y ánimo levantado de aquel príncipe insigne, tan prudente como animoso, según por sus comienzos parece. Entre los cuales, si no mereciesen tan especial recordacion los triunfos obtenidos por los Abulenses contra los infieles de Sevilla, fuera bastante á asegurarle justo renombre, la fundacion de la Orden militar de Calatrava.

Menos afortunada la minoridad de Alfonso VIII, época azarosa para Castilla, cuyo territorio despedazaban ambiciosos magnates, protegidos por el rey de Leon, halló sin embargo fuerte valladar á las invasiones de los almohades en el inteligente apoyo del caudillo de Murcia don Lup, nombre con que se designa en nuestras crónicas al árabe Muhammad-ben-Sad-Aben-Merdenix. Era este capitán distinguido heredero de los estados de Seifadola-Aben-Hud, al par que continuador de su política de sumision respecto de los soberanos de Castilla, á quienes servia con frecuencia, cuándo como generalísimo de las huestes que le encomendaban, cuándo en calidad de jefe de su contingente particular, á la manera de verdadero feudatario¹. Deudor al Emperador del trono

¹ En una escritura otorgada en vida del Emperador (1156) en la ciudad de Pa-

que ocupaba y de sus estados de la España Oriental, como señor de Murcia y de Valencia, creyóse obligado á sostener con rara fidelidad á su nieto, don Alfonso VII, manteniendo con increíbles esfuerzos el prestigio de una monarquía, que parecia desmoronarse. Dotado de actividad infatigable, restituyó á la obediencia la ciudad de Almería, que se habia perdido en 1152, poniéndola bajo la autoridad de un sobrino suyo; arrojó á los almohades de Jaen y facilitó la entrada de su suegro Aben-Homoxq en Granada. Con igual firmeza mantuvo á raya á los caudillos almohades hasta el año 1167, en que pareció eclipsarse su estrella, precisamente en los momentos de entrar en su mayor edad el príncipe, á quien servia. Engañado por su sobrino y vendido por Aben-Homoxq, llovieron sobre él calamidades é infortunios, viendo al par sitiadas las dos capitales que le permanecian fieles; y con todo se resistió en Murcia heroicamente hasta que sabida la rendicion de Valencia á los sectarios de Al-Mahdí, vencido del dolor, murió de pena antes de entregarse. Tuvo lugar este acontecimiento el año 1172¹.

Posesionado entre tanto el rey don Alfonso de los estados arrebatados á la corona durante su minoridad por aquella nobleza inquieta y usurpadora, comenzaba á dar señales de lo que habia de ser en mejores dias. Libre de estos cuidados, consagróse de lleno á la guerra contra los moros, llevado del deseo de recobrar la ciudad de Cuenca. Con el propósito de someter para siempre á su imperio aquella ciudad, tantas veces conquistada y tantas perdida, hizo llamamiento al rey de Aragon y al señor de Albarracin, sus vasallos; los cuales tomaron bajo sí la empresa con tan vivo interés, que continuándola durante la ausencia de don Alfonso y su residencia en Burgos, entraron la ciudad el año de 1177, á los nueve meses de asedio. Aliado despues al rey moro de Mallorca, príncipe almoravide de la familia de Aben-Gania, apoderóse de Calasparra en el reino de Valencia.

Tiempo adelante, creciendo don Alfonso en brios y aprovechando la ausencia del amir Al-Manzor, llevó su gente hasta Algeciras, donde alentado por sus triunfos, despachó un mensaje al príncipe de los almohades, desafiándole á la pelea. Si hemos de dar fé á los historiadores ára-

lencia (E. S. t. XXII), confirman bajo el título de *Vasalli Imperatoris Comes Barcinonensis, Rex Navarrae et Rex Murciae*.

¹ Los *Anales Toledanos*, no desconformes

con nuestras crónicas que llaman á Aben-Merdenix don Lup ó don Lobo, dicen: «Murió el rey don Lop Era MCCX».

bes, la carta estaba concebida en términos parecidos á la enviada un siglo antes por el conquistador de Toledo á Aben-Textufin el almora-
vide ¹.

Cuando Al-Manzor recibió el mensaje, herido vivamente en su amor propio, reunió los almohades árabes, cenetes y masamudas, y les leyó la carta para excitarles al alghed; entrególa despues á su hijo y lugar-
teniente Muhammad, encomendándole su respuesta. Dióla el príncipe, limitándose á escribir en el otro lado de la carta: «El Altísimo ha di-
cho: vuelve á los que te envían, iremos á atacarlos con ejército invenci-
ble, y los arrojaremos de su pais envilecidos y humillados» ².

Pasó Almanzor el Estrecho, arrastrando tras sí infinitas naciones en orgulloso alarde de su poderío; entró en Córdoba (año 1195), donde per-
maneció tres dias, y partiendo despues en busca de don Alfonso, tomó
posicion en Alarcos, ciudad hoy arruinada, cuyo asiento fué no lejos de
Ciudad-Real; y que El-Cartás coloca como Zalaca en el distrito de Ba-
dajoz. Avanzaron, por su parte, los cristianos, acaudillados por tres mo-
narcas, don Alfonso VIII de Castilla, el lusitano don Alfonso Enriquez
y Alfonso de Leon, apellidado por los árabes el Baboso ³. Fué la bata-
lla, dada en 18 de Julio, muy fatal para los adoradores de la Cruz. De-
más del considerable número de guerreros muertos que, al decir de
los autores arábigos, no pudieron contarse, quedaron prisioneros en
poder de los vencedores algunos millares ⁴ de los más granado y noble
de aquel ejército formidable, á quienes Almanzor otorgó la libertad, ga-
noso de conquistarse por este medio mayor celebridad y generosa nom-
bradía. Siguiéronse á aquel doloroso descalabro la traicion del monar-
ca leonés, que hizo causa comun con los almohades, con otra multitud
de infortunios y sucesos adversos, que llovieron sobre el monarca de

1 Decia así:

«En el nombre de Dios clemente y mise-
ricordioso: Prévios los cumplimientos de
costumbre, te hago saber, que si tu volun-
tad es pelear con nosotros, y hallas dificul-
tades en trasladar tu ejército adonde esta-
mos, puedes enviarnos embarcaciones, é ire-
mos con nuestras gentes á presentar la ba-
talla en tu territorio; seguro de que si ven-
cieres, será galardón que se te viene á las
manos; aunque dispuesto en caso diferente
á reconocerme por el *rey de las dos reli-*

giones». El-Cartás, al año 592 de la hegira.

2 Al-Coran, Azora XXVII, aleia 37.

3 El Babuch dicen los árabes. V. Aben-
Jaldon, t. II, pág. 213. Acerca del signifi-
cado de *baboso* en la Edad-media puede
verse á Mr. Dozy, *Recherches*, t. II.

4 El autor de El-Cartás cuenta veinti-
cuatro mil prisioneros; pero Aben-Jaldon
solo menciona cinco mil guerreros nobles,
refugiados en el castillo de Alarcos, que,
rendidos á discrecion, fueron cangeados des-
pues por igual número de muslimes.

Castilla: no parecía sino que indignado el Señor por la falta de celo de sus fieles, intentaba purificarlos con la desgracia, probándolos con duras y terribles calamidades.

Pone la *Crónica de Navarra*¹ en esta época de adversidad la historia de unos amores del rey don Sancho con la hija del miramamolín de los almohades; pero aunque ciertamente estuvo el navarro allende el Estrecho, y se habla de una información dirigida al Papa Celestino y á varios prelados sobre los capítulos matrimoniales de su enlace con una mahometana, hubo de desistir al cabo de semejante pretensión, con que quería granjear juntamente con la mano de cierta princesa mora, la soberanía de toda la España sarracena. Repuesto en tanto el rey don Alfonso de las pérdidas experimentadas en la batalla de Alarcos y enardecido por los triunfos de sus armas en Francia, adonde había ido á sostener las pretensiones de los ingleses, pensó al fenecer la tregua, que tenía asentada con los moros, buscar digno desquite del pasado descalabro. Á este fin despachó al arzobispo don Rodrigo para que fuese á Roma en solicitud de la predicación de una cruzada, en tanto que acompañado de su hijo don Fernando y asistido por las gentes de Madrid, Guadalajara, Cuenca, Huete y Uclés, entraba en tierra de musulimes por el oriente de la Península, hasta llegar á Játiva en el reino de Valencia. Tuvo noticia An-Nasir de aquella expedición, hallándose en Marruecos (año 1209), y lleno de inquietud sobre su éxito, consultó al jefe hafsida Abo-Muhamenad sobre la conveniencia de hacer la guerra santa; y aunque el caudillo desaprobaba el plan, como quien conocía los riesgos de una empresa no preparada de antemano, pasó el amir á España con el número de guerreros que pudo allegar, y estableció sus reales en Sevilla. De allí se puso sobre Salvatierra, mientras Alfonso para desquitarse tomaba á Sorquera, Las Cuevas y otros castillos.

Concedida á este tiempo por el Sumo Pontífice la cruzada, venía predicándola el arzobispo por todos los pueblos del tránsito, produciendo honda conmoción en todas las ciudades y lugares del mediodía de Europa. Toledo fué la designada para la reunión de los cruzados, y durante el mes de Febrero de 1212 vió al pié de sus muros cien mil combatientes extranjeros, sin contar las numerosas huestes acaudilladas por el rey de Aragón, las que despues condujo el de Navarra y al-

1 Libro II, cap. VIII.

gunas pocas de Portugal y de Leon, que seguian las banderas de señores particulares.

Llegados á la capital los cruzados, comenzaron á cometer todo linaje de desafueros, encarnizándose en los judíos, á tal punto que forzaron á los caballeros toledanos á salir en su defensa ¹. Arreglado en breve todo lo necesario para aquella expedicion formidable con una prevision y diligencia que honran no poco el genio militar de Alfonso VIII, movió de Toledo el grueso del ejército, cuya primer empresa fué la toma de Malagon, llevada á cabo con exterminio de sus moradores. Partieron luego para Calatrava, que en vano pretendieron defender los musulimes, ya rodeándola de profundos fosos, ya sembrando el campo de abrojos de guerra para inutilizar los caballos. Vista por los sitiados la imposibilidad de sostenerse, diéronse á partido salvando las vidas. Á pesar de lo sagrado de la capitulacion, intentaron los de Ultrapuertos pasarlos á cuchillo; mas defendiólos con toda su autoridad don Diego Lopez de Haro, varón de experimentado esfuerzo y de gran entereza, á quien los mismos ultramontanos habian elegido por general en jefe. Abandonaron los más el campo, so pretexto del disgusto que la noble conducta de don Lope les producía ², y aunque intentaron al volver apoderarse de Toledo de

1 Los *Anales Toledanos* dicen:

«Cuando se perdió Salvatierra... moviéronse los de Ultrapuertos, é vinieron á Toledo en dia de cinquesma, é volvieron todo Toledo, é mataron de los judíos de ellos muchos, é armáronse los caballeros de Toledo, é defendieron á los judíos, é despues á VIII dias entró el rey don Alfonso é el rey de Aragon en Toledo, é ayuntáronse grandes gentes de toda España é de toda Ultrapuertos, é cortaron toda la huerta del rey é de Alcardeb todos, é fizieron mucho mal en Toledo é duraron y mucho»; y la *Estoria de España* por don Alfonso X: «mas tantas crecieron las gentes, é de tan muchas maneras de partidas, é de tan muchos lugares, que fazien muchos males, é muchas soberbias por la cibdad, é mataban los judíos, é dezian muchas follías».

2 Dice el Marecoxi, hablando de la toma de Calatrava: «Alfonso se vió abandonado por un gran número de europeos

(Rum), porque les impidió dar muerte á los musulimes que habia en la fortaleza. Al dejarle habláronle de esta suerte: «Nos has hecho venir para tomar ciudades y ahora nos impides saquear y dar muerte á los musulimes. Ya no tenemos motivo para permanecer en tu compañía». Aquellos rudos guerreros no entendian aun las prescripciones del derecho internacional, de la tolerancia que los españoles habian aprendido muy á su costa. En cuanto á la narracion arábiga es la que ofrecen poco más ó menos todas nuestras antiguas historias castellanas sobre el motivo de la partida de los ultramontanos, sin que baste á desautorizarla en los puntos capitales la carta alegada de Alfonso VIII al Pontífice sobre estos sucesos, la cual descarga toda la responsabilidad de la capitulacion de Calatrava en el rey de Aragon, y el caudillo de los ultramontanos; como que parece dirigida, para destruir en el Pontífice el mal efecto de las quejas de los

rebato fueron rechazados por sus moradores, que les cerraron las puertas ¹. Pasaban entretanto los expedicionarios, entre los cuales permanecía el arzobispo de Narbona con algunos nobles de Poitiers, de Calatrava á Alarcos, y de aquí al castillo de Ferral, que tomaron llegando sin fuerte contradicción, á la peña de la Losa ó de Tolosa ². Como viesan ocupadas las avenidas de aquel paso difícilísimo, dejaron á la izquierda el camino llamado *del Emperador*, porque por él habia pasado Alfonso VII; y aprovechando una senda poco conocida llegaron á la cima de la montaña, donde se hacia un llano, llamado Al-Icab ó las *Cumbres* por los musulimes, y las Navas de Tolosa por los cristianos. Dicen escritores castellanos y varios autores de crónicas latinas, que el rey de Leon no asistió á la batalla, desavenido con su primo por el divorcio de doña Berenguela; pero las historias árabes refieren, no sin visos de verosimilitud, que el hijo de don Sancho se habia concertado secretamente con el monarca leonés, Alfonso el Baboso, á fin de que engañando á An-Nasir le acompañase para abandonarle de improviso, acarreado de esta suerte la perdición de los musulimes ³. Declarado el triunfo por los cristianos y apoderados los vencedores de Vilches, Castro-Ferral, Baños y Tolosa, adelantáronse hácia Baeza, que hallaron sin habitantes, á excepcion de unos pocos refugiados en la mezquita, los cuales fueron pasados á cuchillo. Llegaron por fin á Úbeda, donde se habia concentrado una fuerza de sesenta mil hombres, y verificado el asalto (día 23 de Junio), que puso en poder de los cristianos la mayor parte de la ciudad, solicitaron los musulimes permanecer en calidad de mudejares, con obligacion de pagar al rey un millon de doblas de oro. Aceptólo el monarca; pero indignados por esta condescendencia los arzobispos de Toledo y de Narbona, dispuso que saliesen los habitantes de la ciudad, entregándole antes el dinero que ofrecian, y como no pudiesen reunir por el momento cantidad de tanta importancia, fueron pasados á cuchillo ⁴.

intolerantes ultramontanos, ó cuando menos de los arzobispos de Toledo y de Narbona, que tan mal llevaron despues las capitulaciones de Úbeda.

¹ Dicen los *Anales Toledanos*... «é los omes de Ultrapuertos, que se tornaron de Calatrava, é cuydaron prender á Toledo por trayzon. Mas los omes de Toledo cerráronles las puertas, denostándolos, é clamándo-

los desleales, é traedores, é descomulgados».

² La *T* vocalizada forma un prefijo berberisco, que se antepone á muchos nombres arábigos y extranjeros; así dijeron los moros: *Talavera* en lugar de *Libora*, *Te-Corona* en lugar de *Corona*.

³ Aben-Jaldon, t. II, pág. 196.

⁴ Segun la *Estoria de España*, de los sesenta mil hombres que habia en Úbeda,

Tras esto volvieron triunfantes á Toledo, donde sus moradores de diferentes razas y cultos les hicieron grandes fiestas, recibéndolos con músicas y representaciones de juglares ¹.

Siguió á la conquista de Úbeda el año de 1213, penúltimo del reinado de don Alonso, la toma de Alcaraz, ciudad fortísima, asentada en lo alto de la Sierra Mariana. Ni dejaban de contribuir por su parte los reyes de Leon y de Portugal á la obra de la reconquista. Á los principios del reinado de don Fernando II, habia logrado este monarca establecer su soberanía en la ciudad de Badajoz, cuyo gobierno encomendó á un moro llamado Aben-Habel ²; pero vista la infidelidad de este, recobróla su hijo don Alfonso para su dominio directo, así como las poblaciones de Alcántara, Monteagudo y Cáceres, que eran lo mejor de la Extremadura. En el año 1217 derrotaban los portugueses en Alcáçar do Sal á los musulimes, con tal matanza, que recordó el triunfo de las Navas. Como sitiasen los cristianos la poblacion, vinieron contra ellos las huestes de Jaen, Córdoba, Sevilla y el Algarbe, bajo la conducta del amir Al-Mostansir; pero los mulsumanes, que no habian olvidado la sangrienta rota y desastre de Al-Icab, dispersáronse al afrontar los cristianos y emprendieron desordenada fuga. Acuchillados en el alcance por los portugueses, entraron estos á viva fuerza y con gran estrago la ciudad sitiada.

Sucedía esto en el mismo año en que bajaba á la tumba don Enrique I de Castilla, apenas trascurridos tres de haber sucedido en el trono á su padre don Alfonso VIII.

los que no fueron pasados á cuchillo, fueron reducidos á esclavos de los conventos.

1 «É tornáronse para Toledo, onde fueron muy bien recibidos de cristianos é de moros é de judíos, que salieron de la villa con juglares é con estormentes». *Estoria de España* por don Alfonso X.

2 Rex autem Fernandus, quum iterum

Badallonun obsideret, egressi ad eum Agarenii ab arce se ei cum praesidio tradiderunt, quorum cum hominio et fide susceptus praefecit eis quendam Arabem qui Aben-habel dicebatur cuius fidei commisit custodiam civitatis. Don Rodrigo, *De rebus gestis Hispaniae*, lib. VII, cap. XXIII.

CAPÍTULO VII.

Consejo del Pontífice Honorio III sobre la conveniencia de distinguir en el traje á los judíos y á los mahometanos.—Sumision del rey de Valencia á don Fernando III.—Mudejalato de El-Baezy.—Rebelion de los musulimes toledanos.—Alianza del amir Al-Memon con el rey de Castilla.—Sumision y conquistas de Al-Motaguaquil.—Conquista de Córdoba por San Fernando.—Victorias de don Jaime en Valencia.—Sumision del reino de Murcia.—Conquista de Jaen.—Vasallaje de Aben-Al-Ahmar.—Asedio y toma de Sevilla.

El aumento que iba teniendo cada dia la poblacion árabe y judáica, introducida por las nuevas conquistas en el reino castellano, era de tan notable significacion, que no tardó en solicitar los ánimos de varones religiosos, dentro y fuera de la Península, no sin algun color de justicia, puesto que condujera á las veces á medidas violentas de extremado rigor, fruto de la inexperiencia política y de prevenciones un tanto exageradas. Ni contribuyeron poco, á lo que parece, á menguar la consideracion de los musulimes sometidos, las disposiciones de los Concilios generales III y IV de Letran, los cuales, proponiéndose dar reglas de conducta á los cruzados de Oriente, influyeron al propio tiempo, dado el carácter general de sus prescripciones, en cuantos estados católicos mantenian en su territorio sarracenos, ora recibidos en el mismo como moradores ó colonos, ora como auxiliares de los ejércitos¹, ora cual negociantes atraidos por la necesidades del comercio.

Ya en el primero de los concilios mencionados, celebrado en 1177, habíase prohibido severamente, que los cristianos morasen con los in-

1 Acerca del servicio de los musulmanes en los ejércitos cristianos durante la Edad-media, merece atenta consideracion la memoria de Mr. G. Fritz Clarence: *Sur*

l'emploi des mercenaires Mahometans dans les armées chrétiennes. Journal Asiat., I. serie, vol. X-XI.

fieles, ya mahometanos, ya judíos: animados de la misma idea y para evitar la mezcla de personas de diferente religion, ordenaron los padres del segundo, reunido en 1215, que los sarracenos y judíos de ambos sexos se distinguiesen de los cristianos por la calidad del vestido ¹. Ganoso, asimismo, de aplicar en las partes de España esta última disposición el Pontífice Honorio III, escribió al obispo de Palencia, excitándole para que procurase persuadir á los monarcas de España de la conveniencia de adoptar un distintivo, para que los judíos y mahometanos se conocieran en el traje, mientras condenaba explícitamente cualquier linaje de violencia, tanto para imponerles el bautismo, cuanto para estorbar la celebracion de sus fiestas ².

Ardía en Marruecos guerra desoladora, á consecuencia de las graves alteraciones, ocurridas á la muerte de Al-Mostansir, trascendian á España aquellos movimientos, dividiendo á los musulimes de la Península en contrapuestos bandos, cuando animado el rey don Fernando por las excitaciones de su madre, la prudente Berenguela, comenzó á hacer los preparativos de una brillante expedicion, que le granjeara algunos laureles en la guerra contra los sarracenos. Abrió con efecto la campaña por el lado de Valencia, acompañándole las milicias de Cuenca, Huete, Uclés y otras de diferentes concejos, á que se juntaron despues las de las Órdenes militares, con tan buena fortuna para sus armas, que antes de llegar á la capital, vino á ofrecérsele por vasallo el gualí de aquella provincia Abo-Zeyd, biznieto de Abdelmumen, que rehusaba reconocer la soberanía de su pariente Al-Adel Miramamolín de Marruecos. Encamináronse despues á Muradal, donde noticioso el gobernador de Jaen Abo-Muhammad de la sumision de su hermano, el gualí de Valencia, se acogió á su proteccion contra el Miramamolín de los almohades, ofrecién-

1 El capítulo LXVII de este concilio, que tiene por título: *Ut Iudaei discernantur a christianis habitu*, dice de esta suerte: In nonnullis provinciis a Christianis Iudaeos seu Sarracenos habitus distinguit diversitas; sed in quibusdam sic quoque inolevit confusio, ut nulla differentia discernantur, unde contingit interdum, quod per errorem Christiani Iudaeorum et Sarracenorum et Iudaei et Sarraceni Christianorum mulieribus miscentur. Ne igitur tam damnatae commixtionis excessus per velamentum er-

roris huiusmodi, excussationis ulterius possit habere diffugium: Statuimus ut tales utriusque sexus in omni Christianorum provincia, et omni tempore, qualitate habitus publice ab aliis populis distinguantur, quum etiam per Mosen hoc ipsum legatur eis iniunctum, *Concilia Generalia*, Romae, 1612. T. IV, pág. 101.

2 Ferreras, *Sinopsis cronológica*, año 1219. T. VI, págs. 74 y 75. Reynaldo, Epístola del Pontífice.

dole homenaje y la entrega de las ciudades de Jaen y Quesada. Concediósele sin dificultad el soberano de Castilla, poniendo á sus órdenes veinte mil guerreros, con los cuales despues de hacerse dueño de Córdoba, desbarató en el territorio sevillano las gentes del príncipe Al-Memon Abo-l-Ola [(Aben-Llale de nuestras crónicas), hermano del Miramamolín Al-Adel. En reciprocidad de este auxilio, habiéndose acercado á Loja el rey don Fernando en el año siguiente de 1227, vino á servirle *El-Baezy*, que así era sobrenombrado Abo-Muhammad, con hueste de hasta tres mil ginetes entre almohades y árabes, sin contar los peones, que eran en mayor número. Demás de esto, para fortalecer de una manera duradera la amistad y alianza de ambos príncipes, concertaron entre los dos que Abo-Muhammad entregaria al castellano las fortalezas de Salvatierra, Capilla y Burgalimar, con otras diez y siete, de lo cual recibiria perentoriamente en rehenes la posesion del alcázar de Baeza, y á trueco de ello don Fernando se reconoceria obligado á ampararle contra todos sus enemigos.

En consecuencia de este acuerdo, pasó á encargarse del alcázar de Baeza el maestre de Calatrava; pero como Salvatierra tardara quince días en entregarse, y Capilla lo resistiera, quedó el alcázar de Baeza en poder de las gentes de don Fernando. Despues tomó y sitió el hijo de Berenguela el otro castillo rebelde, no sin escándalo de los moros de Córdoba, que indignados contra El-Baezy por las provisiones que le enviara para sostener el asedio, se levantaron contra él, persiguiéndole hasta Almodóvar del Río, donde lograron asesinarle.

Á este tiempo tenia lugar en Toledo, segun la relacion de El-Cartás, gran conmocion y levantamiento de musulimes, que sobreponiéndose á los cristianos llevaron la rebelion y osadía á términos de cerrar las puertas de la ciudad al monarca, que no tardó en acudir á reprimirlos. ¡Inútil alarde de soberbia, que debió servir únicamente á menguar sus privilegios, pues tomada la ciudad por asalto corrió á torrentes la sangre de los musulmanes, mientras era deshecho en el campo de batalla un ejército de diez mil hombres, que enviaban los de Sevilla en auxilio de sus correligionarios ¹!

قتل من اهل اشبيلية نحو العشرة الاف
 وفيها ملك الفئس مربة ودخل (1)
 قتلهم العدو وكانوا اخرجوا لاعانة ظليظة*
 طليظة بالسيق وقتل بها خلق كثير
 من المسلمين وفي سنة اثنين وعشرين
 «Y en el mismo año (622 de la hegira, 1225

Era en esta sazón harto inminente la decadencia del poder de los almohades sin un concurso de circunstancias, que acelerando su ruina, vinieron á colocarle al albedrío del nieto de don Alonso el Noble. Sucedió que no queriendo sobrellevar Abo-l-Ola la vergonzosa debilidad de su hermano Al-Adel, provocó su deposición con declararse en rebeldía; pero apenas había recibido el llamamiento de los jeques almohades para ceñir la corona, y se preparaba á pasar el Estrecho, supo con indecible disgusto la proclamación inesperada de su sobrino Yahía. Encendido Al-Memon en cólera, resolvió tomar pronta venganza de aquella ofensa, inferida á su persona, creyéndose burlado y escarnecido por la censurable veleidad de los magnates africanos. Despachó á este fin sus cartas al monarca de Castilla y de León, rogándole que le auxiliara para pasar allende el Estrecho contra la usurpación de su sobrino: San Fernando, que no perdía ocasión de humillar á los musulimes, respondióle con oferta de concederle lo que pretendía, mediante estas apretadas condiciones:

» Que entregara diez plazas fuertes al monarca de Castilla, las que fuese servido escoger el mismo monarca entre las más inmediatas á sus estados.

» Que para el caso en que entrase en la ciudad de Marruecos, se comprometiese á edificar en ella una iglesia cristiana, donde los soldados, que le acompañasen pudiesen celebrar las ceremonias del culto, con el correspondiente toque de campanas á las horas de sus oraciones.

» Que respecto de los cambios de religion, se estuviese al concierto de entregar á los cristianos cualquiera de su religion, que intentara hacerse muslim, debiendo verificarse lo contrario respecto de los musulimes, removidos los obstáculos, que pudiesen estorbar su conversión al cristianismo ¹.

Hubiérase podido esperar que proposiciones en tal grado vejatorias para la independencia de los almohades, como que humillaban el Islam entre sus propios partidarios ante la ley del Evangelio, fuesen desechadas por el amir infiel por respetos de patriotismo; pero tan grande era

de J. C.), se apoderó Alfonso (Fernando) de Marbella y entró en Toledo por la fuerza y dió muerte á multitud de musulimes. Asimismo mató el enemigo cerca de diez mil

sevillanos, que habían ido en auxilio de Toledo. *El-Cartás* al año 622 de la hegira.

1 *El-Cartás*, edición de Tornberg, tomo I, pág. 167.